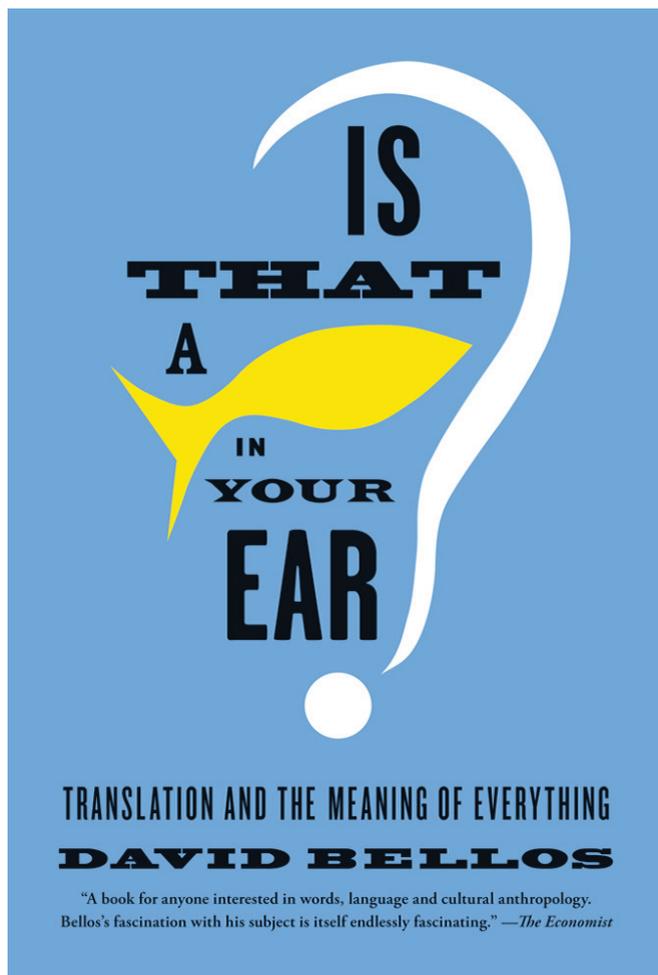


Is That a Fish in Your Ear?

Ellison Moorehead*

DAVID BELLOS (2011): *Is That a Fish in Your Ear? Translation and the Meaning of Everything*. Nueva York: Faber and Faber; 374 pp. ISBN: 978-0-86547-2. Precio: 11,69 €.



Vaya por delante que a mí me entretuvo *Is that a Fish in Your Ear?*, de David Bellos. Ofrece un sinfín de ejemplos y explicaciones, recorre el arte de la traducción desde dentro y desde fuera, y describe tanto lo que hacen los traductores como lo que piensan los que leen las traducciones. Y vaya por delante también que es un libro divertidísimo, ligero pero no banal, y completo. No puedo discutir su curiosidad, la cual despierta a su vez en el lector, ni su estilo, llevadero y divulgativo. Es histórico —traza el origen del diccionario y la transformación de la ardua tarea de la traducción a lo largo del tiempo—, geográfico —el movimiento de lenguas,

parecido, por cierto, a Manual De Landa y sus *Mil años de historia no lineal*—, académico, y con cierto guiño al análisis político. Hace una labor muy valiosa también al desacreditar mitos varios («There is no hierarchy of tongues. Every variety of human language constitutes a system that is complete and entire, fully adequate to performing all the tasks that its users wish to make of it») y al dedicar un capítulo entero a poner en ridículo los ataques a la traducción. Bravo. Recomiendo encarecidamente su lectura. Pero permítanme una crítica personal. Mínima, pero creo que importante: el aspecto laboral del trabajo de un traductor.

No está de moda hablar de los trabajadores, lo sé, pero estamos por todos lados, qué quieren que les diga. Yo soy traductora. Traductora de profesión. Traductora de formación.

El posgrado de traducción iba conmigo, una amante de los idiomas y sus espacios más recónditos, de las dificultades casi metafísicas que plantea el hecho de reformular una lengua en otra, las acrobacias, el atletismo del que traduce, el apoyo constante de diccionarios y amigos, el trabajo solitario, casi de albañil, de construir otro texto, una imagen en el espejo lingüístico, estar orgulloso de ese trabajo, admirar la nueva obra. Un trabajo con resultado inmediato, casi físico, y una contemplación duradera, muy intelectual. Eso en las clases, entiéndanme.

Hay algo de eso en la traducción fuera de las aulas, sí. Allí en el hemisferio olímpico de las ideas, cuando una está buscando la palabra justa. Pero sobre todo, o por debajo de todo, está la necesidad económica, las ataduras del contrato, de pagar la luz, el alquiler de tu casa, el ir a la oficina y traducir planes de negocio durante ocho interminables horas para que luego te digan que escribes demasiado bien («Mira, guapa, que no necesitamos a Shakespeare»), tener que destripar tu inglés hasta que se ajuste a una mente española —con su permiso—, dejarlo como un árbol en invierno, allí, aguantando, ocupando espacio, pero sin vida, sin color. Eso es el fondo monótono del trabajo del gran mago de la traducción, simplemente otra pieza en una escena de *Tiempos modernos*. ¿Quién tiene el tiempo o el dinero para dedicarse a traducir una novela?

Tenía la sensación al leer a Bellos, un seductor nato, de que no nos tenía en cuenta. Formábamos el trasfondo pero la traducción era más atractiva que los traductores. Nosotros, los que lidiamos día a día con los ataques de desconfianza que desacredita con tanta gracia Bellos, los que escribimos «oportunidad de negocio» diez veces al día, cinco días a la semana, los que cobramos a 7, venga a 6, venga a 5 céntimos la palabra. Y aquí, lo que Bellos llama «language and selfhood», el vínculo entre la lengua de uno y su sentido de identidad, acaba sintiéndose un poco ofendido. Por lo menos el mío.

A la faceta extraordinaria, bíblica, de la traducción, a la que nos atrae y nos fascina, es a la que David Bellos dedica

* Traductora y editora de textos (Madrid). Dirección para correspondencia: ellisonmoorehead@hotmail.com.

más tiempo, y por eso me cayó bien. Pero la mayoría de los traductores somos un eslabón administrativo más en el mundo del capital, haciendo que funcione el mercado internacional, haciendo fluir el dinero, sacrificando cualquier aspiración que pudiéramos haber tenido de *escribir* en el altar de cuentas bancarias, manuales técnicos, pruebas para unas farmacéuticas malas —malísimas—, porque es lo que se traduce, seamos sinceros.

Me temo que son cuatro gatos solitarios los que se dedican a la traducción literaria, a la traducción académica, a la traducción de artículos, a la traducción interesante, a esa traducción transcendental que adquiere cierto prestigio. Solo cuatro académicos pasan tiempo traduciendo poemas diez veces para ver con meritorio asombro los resultados, como hace Bellos un par de veces en el libro, un ejercicio fascinante, desde luego, pero poco habitual. El resto de los traductores tenemos que entregar los encargos casi sin releerlos, echando un vistazo a ver si hay un subrayado rojo que indica una falta de ortografía, porque llegamos con el tiempo justo. Bellos incluye una anécdota de un traductor del ruso que ni siquiera domina el idioma que traduce. Que un *mindundi* —mi denominación, está claro— le hace un borrador que luego él rediseña para hacer la versión novelesca. Me asombra, a mí, que siempre estoy midiendo, midiendo, midiendo el coste de mis traducciones, ese lujo (¡pagar a un *mindundi* para hacer el trabajo duro de entender el otro idioma y cultura para ti!) como me puede asombrar el lujo de tener tres casas o un mercedes.

El predominio del inglés —Bellos acaba llegando a la conclusión de que alrededor del 80% de todo acto de traducción pasa por el inglés— no es un dato neutro. Las emociones que sentimos los hablantes de diferentes idiomas son un aspecto que el autor examina con cuidado, porque es cierto que tienen un peso nada insignificante en el acto de traducir. Hay todo un juego de equilibrios entre lenguas, digamos, poderosas y lenguas débiles. Menos mal que juego con el campeón.

No es papel mojado. Se dedica todo un capítulo a las desconfianzas implícitas en cualquier acto de traducción. El público no se fía; quiere traducciones fáciles de juzgar —véanse las ediciones de poesía en formato bilingüe— y homogéneas, cual diccionario con una palabra, una traducción. Las herramientas de traducción asistida, que valora Bellos brevemente a mitad del libro, y cuyo uso está extendidísimo entre los traductores que conozco, imponen términos, estructuras y traducciones previas, llegando al extremo de pitar si te desvías de la norma. El problema es que eso no es traducción, por lo menos no debe serlo. Menos mal que Bellos nos lo explica, pues hacía falta que alguien se lo explicara a la gente, que si

me atrevo a traducir *obstáculo* como *barrier* y no *obstacle* casi me crucifican.

Es un fenómeno que lamento, que me pone nerviosa: la estandarización del idioma. Bellos describe esa tendencia como un movimiento «hacia el centro»: «Translators [...] tend to write in a normalized language and are more attentive to what is broadly understood to be the correct or standard form». La cantidad de hablantes de inglés como segunda lengua y, en menor medida, las traducciones son capaces de presionar al inglés para hacerlo más sencillo —véanse las páginas en Wikipedia en Simple English—. Deja claro que sí existe algo como ser «nativo»: «... for a native speaker of any language, there are some kinds of errors made by others that sound not just wrong, but not native». Menos mal, que, si no, yo me quedaría sin trabajo, cada vez creo que pierde más el respeto.

Y yo me pregunto, ¿traducción para qué?, ¿si tenemos Simple English! Si los ricos son los que leen, los que trafican, los que viajan, los que mercadean, los que necesitan comunicarse con gente que habla otro idioma, también son los primeros en estudiar idiomas y apuntar a sus hijos a clases particulares de inglés, precisamente, por las tardes. No nos vamos a engañar: sigue habiendo muchísima gente en cualquier país, los Estados Unidos y España incluidos, que no tiene el más mínimo interés en saber de gente que habla otro idioma, ni en leer novelas de Grisham o de Marías. ¿Yo para qué sirvo?

Esta cuestión la plantea Bellos, y la resuelve felizmente al afirmar que nadie puede aprender todos los idiomas del mundo, imposible, así que necesitamos, por fuerza, a los traductores (¡felizmente!). Respondo que a la gran mayoría no le interesa en absoluto aprender coreano (¿conoce, querido lector, a más de dos personas que sepan otro idioma más que el inglés?) y, para más inri, ¿tienen ganas de saber algo de lo que escriben los que hablan ese idioma?

Quizá me vean adoptando un tono elitista. Quizá me tomen por imperialista. Quizá me crean ustedes una cínica.

¡Pero se equivocan! ¡Yo estoy de acuerdo con Bellos! ¡Hay que traducir más! ¿No dijo Bernardo Atxaga que no llegó al éxito mundial hasta que sus novelas en euskera pasaron al castellano y luego a francés? ¡Soy tu clave del éxito! Soy el puente entre dos culturas, soy la bruja de los significados, soy una verdadera hechicera de las letras. Y tú de mi poder pagas el alquiler. Que si quieres *obstacle* yo te pongo *obstacle*.

Bibliografía

De Landa, Manuel (2012): *Mil años de historia no lineal*. Barcelona: Gedisa.

